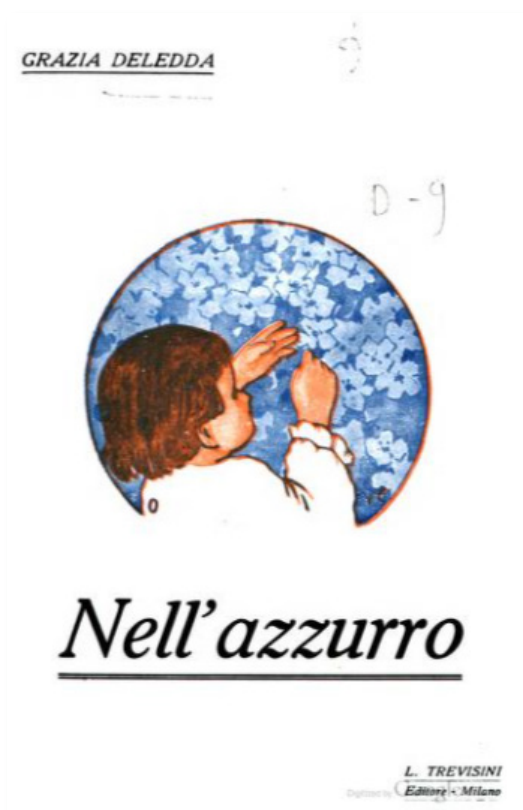




Grazia Deledda en traducción

Memorias infantiles (fragmentos)



María del Carmen Pilán*

Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional de Tucumán

Título: Nell'azzurro

Autora: Grazia Deledda

Editorial: Luigi Trevisini, Milán

Publicación: 1929

*Profesora de Castellano, Literatura y Latín (Profesorado Nacional, Santiago del Estero); Profesora de Italiano (Progetto Argentina, Profesorado Nacional Paraná), Licenciada en Letras (UNT, Tucumán), Doctora en Letras orientación Lingüística (UNT, Tucumán). Investigadora categoría III del Consejo interuniversitario nacional. Ha publicado artículos de su especialidad en revistas nacionales, internacionales y actas de congreso. Es co-autora de manuales de enseñanza de italiano y español como lenguas extranjeras y autora del libro *La inmigración italiana en Santiago del Estero: estudio sociolingüístico*.



Resumen

Nell'Azzurro es un libro de cuentos publicado por la casa editorial Trevisani en 1890, cuando Grazia Deledda tenía solo 19 años. La colección está formada por cinco narraciones que abordan distintas temáticas dirigidas a un público infantojuvenil. En este caso, presentamos la traducción al español del tercer relato de la mencionada colección, titulado *Memorias infantiles* (fragmentos).

Riassunto

Nell'Azzurro è un libro di racconti pubblicato dalla casa editrice Trevisani nel 1890, quando Grazia Deledda aveva solo 19 anni. La raccolta è composta da cinque racconti che trattano temi diversi rivolti a bambini e ragazzi. In questo lavoro, presentiamo la traduzione in spagnolo del terzo racconto della raccolta, intitolato *Memorie infantili* (frammenti).



1. Algunas palabras preliminares

La colección de cuentos *Nell'Azzurro* fue publicada por la casa editorial Trevisani en 1890 cuando Grazia Deledda, tenía apenas 19 años. Incluye cinco cuentos, de los cuales, tres eran inéditos en el momento de publicación de la antología: *Vita silvana*, *Una terribile notte*, y *La casa paterna*, mientras que, los dos restantes: *Sulla montagna* y *Memorie infantili*, habían aparecido ya respectivamente, en 1888 y 1889 en las páginas del semanario ilustrado *Paradiso dei bambini* editado en Roma, por Edoardo Perino.

Andrea Scardichio (2003), reproduce la dedicatoria redactada por la misma autora en las primeras páginas de la edición de 1890. Allí, la escritora aclara cuáles son los destinatarios del libro y el porqué del título:

«Nel pensare a voi, nello scrivere per voi, piccole creaturine che vi chiamate Bambini, siate poveri o ricchi, belli o brutti, buoni o cattivi, biondi o bruni, banima vola

**...di fiore in fiore, di montagna in montagna, ...
ai campi d'azzurro!**

Ecco perché posi questo titolo - *Nell'Azzurro!*... - al presente volumetto; se nel leggerlo proverete lo stesso piacere che io provai nello scriverlo, oh, davvero, sarò la più felice fra le scrittrici!»¹

Los versos citados (subrayados con negrita), están extraídos de la oda *L'ame de Victor Hugo* (1823), que en francés dicen: «*Vole de fleur en fleur, de montagne en montagne, / remonte aux champs d'azur d'où l'homme fut banni*»² y representan, según la simbología empleada por el poeta, un espacio de pureza, inocencia y juventud, especialmente ligado a los espacios naturales.

1. "Al pensar en ustedes, al escribir para ustedes, pequeñas criaturitas llamadas niños, sean pobres o ricos; lindos o feos, buenos o malos, rubios o morenos, el alma vuela... de flor en flor, de montaña en montaña/ a los campos azules.

Es por ello que le he dado el nombre de *En el azul* a este librito. Si al leerlo sienten el mismo placer que yo sentí al escribirlo, seré realmente la más feliz entre todas las escritoras"

2. "Vuela de flor en flor, de montaña en montaña, / de vuelta a los campos azules de los que el hombre fue desterrado". Traducción propia.



Memorias infantiles (fragmentos), como ya dijimos, es el tercer cuento de la colección; su título nos remite al género discursivo “memorias” definido por Estébanez Calderón (2008:653), como “relato autobiográfico escrito en retrospectiva en el que una persona narra acontecimientos relevantes de su vida, enmarcados en el contexto de otros eventos de orden político cultural en los que ha participado o de los que ha sido testigo”.

En el caso que nos ocupa, las memorias están focalizadas en la infancia de quien las escribe —que, por la dedicatoria presente en las primeras páginas de la primera edición del libro, y por la nota final redactada por el editor³, se podría inferir que se trata de la misma Grazia— y no a la totalidad de esta etapa vital, sino tal como lo especifica la acotación parentética, a algunos “fragmentos”.

Estos retazos de infancia están organizados en cinco macro secuencias separadas tipográficamente por el empleo de tres asteriscos (que respetamos en la traducción al español) y que, de acuerdo a la temática tratada, las he titulado de la siguiente manera:

1. Definición de infancia. Modelo de escritura para narrarla: Edmondo De Amicis.
2. El jardín de infantes: en el aula
3. El jardín de infantes: en el recreo
4. El valor del dinero
5. Las muñecas.

La traducción que ofrecemos hoy ha sido realizada con fines didácticos para los estudiantes de la materia optativa, *Grazia Deledda: lecturas y transposiciones*, dictada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán.

3. “NOTA DELL’EDITORE: Questi racconti furono scritti da Grazia Deledda nella sua prima fanciullezza, e da noi pubblicati nel 1890: crediamo quindi interessante ristamparli anche come documento bibliografico, poichè in essi, attraverso le ingenuità della narrazione e gli errori della forma, si notano i germogli di un’arte che, di ascesa in ascesa, percurò all’opera della scrittrice sarda, fama mondiale. L’Editore.” Milano, Casa Trevisini, 1929.



Memorias infantiles (Fragmentos)

—¡Infancia! ¿Es quizá una palabra mágica y misteriosa, un jeroglífico oriental, entendido indistintamente por el alma, por la mente, por el corazón, en los cuales despierta recuerdos suaves, dulcísimos, aunque esfumados entre las nieblas del pasado y sonrisas errantes y dulces como aquellos recuerdos y suspiros de añoranzas y olvido del presente?

Yo no lo sé: lo que sí sé es que si tuviera por un día la pluma de uno de nuestros grandes escritores, —el De Amicis, por ejemplo— yo la adoptaría muy rápidamente para escribir las memorias de mi infancia.

¡Cuántas gratas impresiones despierta en mí esta palabra! Recuerdos de pequeñas amigas y de maestras, de pequeños amores y de pequeños odios, recuerdos de la escuela, de juegos, de alegrías y de dolores, paisajes fugaces, trémulos en la verde niebla de un pasado borroso; recuerdos de figuras típicas en su belleza y en su fealdad: miles de recuerdos, miles de pequeñeces que forman el conjunto de mi primera edad; recuerdos que a menudo agitan la mente en las horas de vigilia nocturna, entre los misteriosos destellos de la lámpara que muere y de la luna que surge en el perfil de la montaña.

...Allá, allá, en el fondo de la memoria, está el jardín de infantes, la primera escuela, aquella escuela con los pupitres escalonados, divididos en dos partes: una para las mujercitas y otra para los hombrecitos rubios y morenos, lindos y feos, buenos y malos, la parte más ruidosa y la más castigada: porque allí no se contentaban con las palabras, sino que iban a los hechos: mordidas, puños y rodadas por el piso entre un caos de papeles rotos y de lapiceras que volaban por los aires...¡Y qué regaños de la maestra, entonces!; ¡y qué fila de niños arrodillados, arañados, rojos como tantos revolucionarios había, llenos de humillación y de rabia!, y ¡qué risitas y qué miradas de nuestra parte, la parte de los débiles, de las silenciosas!



Porque para nosotras todo sucedía en silencio, sin escándalos y muy de vez en cuando: algún escrito debajo del banco, algún hurto que, en caso de ser descubierto, podía pasar por un hecho involuntario. Las causas eran importantes: por una lapicera, por una mancha de tinta, por una castaña rechazada... Pero las venganzas eran peores todavía, más bellas para quien podía aprovecharse de ellas por primera vez.

—Señora maestra, ¡María me ha sacado la lengua!

—María, inmediatamente, ¡al banco alto!

Era el banco más alto el que servía para las correcciones cuando la falta no era grave; donde se debía permanecer completamente a solas.

María trataba de protestar, pero era en vano; y trotaba hacia el banco de arriba, después de haber sacado de verdad la lengua a la acusadora, la cual se transformaba en enemiga acérrima durante toda la mañana. El resto del tiempo estábamos siempre, o casi siempre, tranquilas durante las horas de clase, inclinadas sobre los cuadernos para dibujar figuritas, casitas, flores, jeroglíficos inexplicables, por los cuales recibíamos buenas reprimendas por parte de las maestras.

Fue, justamente, por uno de estos dibujitos que realicé arbitrariamente en el cuaderno de una compañera que, una vez, la maestra me mandó a la silla de pensar, allá en lo alto.

¡Jamás había estado ahí! No puedo contarles todas las meditaciones filosóficas que hice en ese lugar, entre las cuales estaba la reflexión sobre la extraña posición que tenía respecto a mis compañeras, mientras que en calidad de castigada me encontraba por encima de ellas, moralmente, en cambio, estaba por debajo.

Desde ese lugar, mientras tanto, me lanzaban algunas miradas irónicas que sobresaltaba mi corazón, luego toda mi atención recayó en la altura de Clelia. Clelia era la niña más grande de la escuela; nos sobrepasaba a todas y, aquella mañana cuando se levantó para dar la lección, me pareció más alta aún que de costumbre, de una altura fenomenal, exorbitante. ¿Cómo hacía para ser tan alta?

No podía adivinarlo, pero estaba segura de que Clelia tenía siempre las mejores notas, las alabanzas, las caricias de las maestras y de las inspectoras porque... ¡simplemente era alta!



Oh, era necesario saber cómo hacer para lograrlo. Por algunos días este pensamiento me martillaba la cabeza, me hizo soñar: interrogué a las compañeras de banco de Clelia, inspeccioné el suelo; pero no descubrí nada. Entonces, se me ocurrió una idea. Pregunté y obtuve el permiso para sentarme cerca de Clelia, y cuando ella se levantó para dar la lección, me metí debajo del banco, pero en esa oscuridad no pude distinguir nada.

—¿Qué buscas ahí abajo?— me gritó con severidad la maestra. Me vi perdida, porque quien estaba desatenta mientras las demás daban la lección era castigada, y murmuré: —¡Buscaba los pies de Clelia!

—No hay necesidad de que los busques— exclamó la maestra, aguantándose la risa.

Y también esta vez, acompañada por un formidable estallido de risotadas de todas las compañeras, tuve que subir a la silla alta y renovar mis meditaciones. ¡Ahora Clelia no me parecía tan alta!

...¿Y a la hora del recreo?

Entonces sí nos divertíamos. Desayunábamos y después salíamos al patio, donde la fusión de los partidos (porque en la escuela estábamos divididas en grupos, las aristocráticas, con los vestiditos bellos y los cabellos rizados; las democráticas, con los delantales de la escuela y la cofia que se dejaba ver debajo del pañuelo negro a pintitas rojas) era en general, un ruido, un zumbido ensordecedor. Cuando surgían discusiones, por suerte, las partes de la contienda eran siempre reconciliadas por Salomones en miniatura y con faldas.

Oh, díganme ustedes, mis antiguas amigas, a quienes les llegaran estas páginas, amigas de las cuales casi no recuerdo los nombres pero que amo aún, o incluso recuerdo de haber amado con todo el afecto de mi pequeña alma, díganme ustedes ¿recuerdan aquellas horas de alegría infantil, inmensa, pura, gozadas entre el sol y el azul que invadía el patio de la escuela en aquellas horas del recreo?



...Oh, Bonaria, de las largas trenzas negras, de los ojos negros con rasgos orientales, o vos, mi pequeña y rubia Teresina, la de los ojos azules que miran siempre al cielo, ustedes a las que amé más que a las otras, ustedes que han muerto sin haber conocido los pequeños dolores, las pequeñas miserias de la vida después de la infancia —que tornan más dulces los recuerdos de entonces— ¿por qué desde lo alto, donde están ahora, no me inspiran como escribir nuestra vida de entonces, nuestros pensamientos, nuestras pasiones, nuestra amistad?

Y decir que también en esos momentos se tenían recuerdos de una edad aún más infantil, y se miraban, sonriendo, a otros niños más pequeños que aún no podían pararse sobre sus piernitas, sonriendo a causa de sus niñerías y travesuras. Precisamente, como cuando tenga veinte años más, pensaré sonriendo en estos recuerdos de ahora.

... ¿Y el primer dinero que tuve en mis manos, que me pertenecía exclusivamente? ¡Qué inmensa ambición satisfecha, cuántos sueños y proyectos sobre esta pequeña moneda brillante, la más bella de todas las demás, grandes y pequeñas, porque es solo mía! ¡Qué brillo de hojalata, de ojos de muñecas con un esmalte fascinante, qué voluptuosidad de dulces de color rosa, amarillos, blancos, con el papel decorado y radiante de oro y de plata! Pero aquellas ilusiones se desvanecían para todos, y con la desaparición de la moneda, se hacía realidad un solo sueño: la muñeca nueva.

... ¡La muñeca! Un nombre que no se puede separar del de la infancia. ¡Cuántas hijas dilectísimas he tenido! Una generación entera vivía en mi casa: abuela, madre, hija, y a menudo también una nieta, todas con sus nombres, con sus ajuares a veces un poco mal cortados y cosidos, pero siempre ricos y suntuosos.

¡Qué felices eran mis pequeñas! En invierno, vestidas con ropa de abrigo y sentadas siempre alrededor del fuego, bien arropadas, algunas con medias, otra con un libro, otra con bordados, siempre sentadas en la voluptuosa calidez de la sala, sin pensar jamás, ni siquiera, en la escuela. En el verano, en la casa de campo, en donde



en las horas cálidas paseaban vestidas con vaporosos vestidos a la sombra de los grandes árboles del jardín preparados para ellas. De noche, se recostaban sobre las reposeras, bajo la blanca claridad de la luna, charlando alegremente y contando sus secretos. No sé si todas ellas me querían por los cuidados maternos que les prodigaba o por las comodidades y el lujo principesco con el cual las rodeaba. En cambio, yo recuerdo haberlas querido sinceramente, sobre todo a la que representaba siempre a la madre, a la señora, a la dueña de casa: era una muñeca de cera, rosada, con unos ojazos negros, bien negros, en cuyo fondo veía mi rostro que creía que era su alma; mientras todas las otras, en cambio, eran de madera, con los ojos inexpresivos.

Me amaban. Y especialmente la señora, quien, sin embargo, me ocasionaba grandes disgustos. ¡Pobrecita! Ella se enfermaba, se consumía lentamente a causa de una misteriosa enfermedad: su cuerpo se deshacía, sus manos, sus pies se deformaban y se caían por pedacitos, lacerando mi corazón. Su hermoso rostro empalidecía, sus cabellos caían, su nariz desaparecía junto con el rojo de sus labios y con el negro de sus cejas; sólo sus ojos permanecían vívidos, fulgurantes, sonrientes en medio de toda aquella desolación. Y, cuando después de una larga agonía, mi muñeca moría, antes de enterrarla con los honores correspondientes en el cementerio cubierto por la sombra de un roble, cerca de sus antepasados muertos, también en las mismas condiciones. Yo le sacaba los ojos y los conservaba religiosamente junto con los ojos de sus abuelas y bisabuelas: significaban para mí el alma de mis queridas muñecas.

...Y entonces llegaba la nueva muñeca. ¡Sin embargo, qué tristeza se apoderaba de mi corazón, qué desolación en esos primeros tiempos! Era esta, una extraña a la cual tenía que achicar o agrandar los vestidos de la muñeca muerta, y su resplandeciente belleza aplacaba muy levemente mi dolor. ¡Cuando, finalmente puesta en un religioso olvido mi antigua muñeca, y ya había empezado a querer entrañablemente a la nueva, desgraciadamente un puntito negro aparecía en la punta de su naricita!



Bibliografía

- Estébanez Calderón, D. (2008). Diccionario de términos literarios. Alianza editorial.
- Deledda, G. (1890) Nell'azzurro. Novelle. Casa Editrice Luigi Trevisini. <https://archive.org/details/nellazzurro00deledda/page/n3/mode/2up?view=theater>
- Deledda, G. (1929). Memorie infantili (frammenti). Wikisource. https://it.wikisource.org/wiki/Memorie_infantili
- Deledda, G.(2020). Opere complete di prose e poesie. [e-book]. L'Aleph.
- Scardicchio, A. (2013). Grazia Deledda narratrice per l'infanzia. Bollettino '900, (1-2). https://boll900.it/numeri/2013-i/W-bol/Scardicchio/Scardicchio_frame.html

Dizionarios de Italiano

- Bonomi, F. Vocabolario etimologico della lingua italiana. <http://www.etimo.it/?pag=hom>
- Enciclopedia Treccani (versión online). <http://www.treccani.it/vocabolario/>
- Dizionario Interattivo Garzanti Sinonimi e contrari (2000). Garzanti Linguistica. Roma Utet.
- Dizionario compatto Italiano-Spagnolo Zanichelli. http://dizionari.corriere.it/dizionario_spagnolo/
- Sabatini, F. y Coletti, V. (1997). Dizionario Italiano Sabatini-Coletti (DISC). Firenze. Giunti
- Zingarelli, N. (2016). Lo Zingarelli 2016: Vocabolario della lingua italiana. Zanichelli.
- Tam, L. (2001). Grande Dizionario Hoepli Spagnolo. Hoepli. http://www.grandidizionari.it/Dizionario_Italiano-Spagnolo.aspx

Diccionarios de español

- Diccionario de la Real Academia Española (2001). DRAE. Vigésimo segunda edición. Espasa Calpe.
- Diccionario de la Real Academia Española. <http://www.rae.es/recursos/diccionarios/drae>
- Moliner, M. (2007). Diccionario de uso del español. Gredos.